



D.L. 5 - 3 - 63 - 10 ISSN 2219-0376



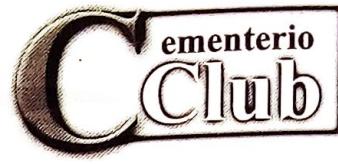
Julio Ramón Ribeyro • Benjamín Chávez • Tambor Vargas • Victoriano García Martí
Alfonso Gamarra • David Huerta • Blitz Lozada

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XX n° 496 Oruro, domingo 27 de mayo de 2012

FUNDACION
ZOFRÍO
CULTURAL

*San Francisco. Acuarela 20x15
Erasmo Zarzuela*

Historias mínimas

Escondidas entre los pliegues de los días, perviven historias que, por poco decirlas, tienden hacia el olvido. Muy de vez en cuando suele propiciarse algún momento para que tímidamente se asomen a tomar un poco de sol. En los últimos dos meses tuve el privilegio de conocer algunas. Comparto tres de ellas.

París 1

Europa vivía la calma del período de entreguerras. La gran guerra, luego llamada Primera Guerra mundial había pasado y la segunda no llegaba todavía. En un suburbio de París, una bella muchacha se ha comprometido con un apuesto joven. Tras los preparativos (vestido, fresa, etc.) ella pide como regalo de bodas una bicicleta.

Al salir de la ceremonia la bicicleta la espera reluciente en la puerta, brillando bajo el claro sol veraniego. Jeanne, que así se llamaba la joven, toda vestida de blanco, entrega a alguien el ramo de flores que sostiene, se aparta un poco el velo de la cara y monta. Suena la campanilla y mientras empieza a pedalear dice a todos que dará una vuelta para probarla.

Pero Jeanne pedalea incansable hasta el centro de París. Los motivos no están claros, pero la imagen por fuerza es hermosa. Una novia en una bicicleta roja por las calles de París con la cola del vestido al viento. En cierto momento la muchacha ya no puede más. Está agotada y se detiene a beber algo. Deja la bicicleta y entra al primer café que ve. Es el *Closerie des Lilas*. Allí está un parroquiano que por la ventana la ha visto llegar pedaleando. Es el joven pintor Fernand Léger. En cuanto la muchacha entra, él se pone de pie y la invita su mesa. Ella acepta entre risas y se sienta. Nunca más se separaron.

París 2

En esa misma época, Claire e Ivan Goll son una célebre pareja en los círculos artísticos parisinos. Para los amigos, ellos formaban parte de la galería de las más famosas parejas de la historia: Dante y Beatriz, Petrarca y Laura.... Así lo recuerda Claire en sus memorias escritas casi medio siglo después y añade: Un día, cuando aún vivíamos en nuestro hotel de citas de Pigalle, una enfermedad me mantuvo en cama. No teníamos un céntimo, ni para llamar a un médico, ni siquiera para comprar comida. Iván bajó a la calle y volvió con dos latas de leche condensada. —Las he robado para tí en una tienda. —Dijo—. ¿Y si te cogen? —dijo yo—. En Francia —me dijo— no se condena a los enamorados.

Oruro

Es domingo por la tarde. Converso con un par de amigos en torno a una mesa después del almuerzo. Hay un tercero a quien acabo de conocer. En determinado momento le pregunto si es oriundo de Oruro y él, por toda respuesta me resume su vida en tres frases magistrales. Primera frase: Soy de Huari e hice mi servicio militar en La Paz. Segunda frase: Recién licenciados, volvimos al pueblo con un camarada quien, al pasar por Oruro me dice: dicen que aquí el carnaval es lindo, nos quedaremos a verlo y mañana nos vamos. Tercera frase: Cuando la que ahora es mi mujer había estado bailando de china supay en la diáblada Urus.

Benjamín Chávez

el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcia o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende

*El Duende no mantiene correspondencia obligatoria
de publicación con colaboraciones no solicitadas;
tampoco comparte necesariamente las ideas
expresadas por sus autores.*



Desde mi rincón

Latín siempre (todavía) latín

TAMBOR VARGAS

Desde el 'país altiplánico' (como se complacen en repetir los pobres chilenos) resulta difícil de apreciar, por lo que se hace muy fácil perder el mundo de vista: me refiero a la pervivencia del latín y de lo latino hasta nuestros mismos días; pero con un poco –sólo un poco– de esfuerzo y de buena voluntad, aun desde el Altiplano se alcanza a ver la realidad. Aunque los documentos de aquella pervivencia son innumerables, aquí y ahora me voy a limitar a dar breve noticia de dos de ellos.

El primero es un libro que ya empieza sorprendiendo por su mismo título: es el de Wilfried Stroh, *Latein ist Tot, Es lebe Latein! Kleine Geschichte einer grossen Sprache* (Berlín, List Taschenbuch, 2009, 415 p.), cuyo título conviene traducir: "El latín está muerto, ¡que viva el latín! Pequeña historia de una gran lengua". Y convenía traducirlo porque constituye la primera sorpresa (y paradoja). Sorpresa, porque a lo largo del libro el autor nos da mil y una pruebas de cómo la lengua y la cultura latina han seguido haciendo (más bien silencioso) acto de presencia en todo el espacio que un día fue, suyo sin competencia.

El autor ya abre el libro con una victoria: hace desfilar ante el escéptico lector una serie arrasadora de expresiones, usos, etimologías que son latinas o proceden del latín; con ello puede demostrar al escéptico que en nuestros mismos días el latín sigue 'vivito' en todos los aspectos de la vida, desde las ciencias hasta la computación, desde la publicidad hasta el deporte. Con este primer poroto ya puede pasar a ir desgranando en otros tantos capítulos sucesivos la historia del latín, desde sus lejanos vagidos hasta el siglo XXI (pp. 17-315). Pero, no contento con ello, todavía redondea la obra con sendos apéndices: uno sobre la prosodia para alemanes (¿cómo pronunciar el latín?) y otro sobre la acentuación latina (pp. 316-324); con una detallada tabla cronológica de la historia del latín o relacionada con sus aventuras desde 1200 aC hasta 2006 (pp. 325-346); con una bibliografía comentada y agrupada según los capítulos (pp. 347-380); con las notas de las fuentes utilizadas (pp. 381-396); y con sendos índices, uno de personas y otro de conceptos y lugares (pp. 397-415).

¿Y quién es el autor? Stroh, nacido en 1939, se ha pasado toda su vida enseñando la lengua y la literatura latinas en la Universidad de Munich hasta su jubilación en 2005; pero para entonces ya llevaba largo tiempo enfrascado en una guerra declarada a favor del 'latín vivo', por medio de cursos encaminados al uso hablado y escrito de la lengua; no sólo hablado y escrito, sino también... ¡cantado! Porque Stroh ha organizado numerosas escenificaciones de obras teatrales recitadas y cantadas; y esta tarea se ha intensificado desde la jubilación. Y la crónica da fe de su éxito (lo que viene a desautorizar la creencia de que nadie se interesa por el latín).

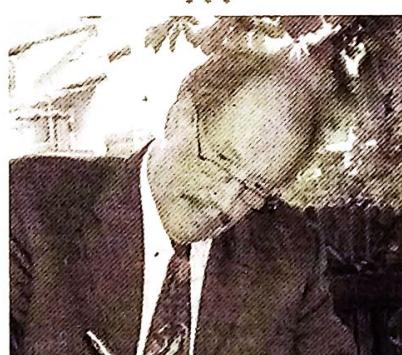
El libro de Stroh se puede considerar una obra maestra, una joya: además de lo que se propone y logra demostrar, también demuestra cómo es fruto de toda una vida de entusiasta docencia de las letras latinas. Y en este sentido uno se pregunta cuánto tiempo habrá de pasar para que se lo traduzca a las lenguas más extendidas del planeta, pues no sólo lo merece, sino que sería una herramienta útilísima para impulsar la causa que defiende.

Más allá de su libro, que ya es un colosal desmentido a cuantos se dejan llevar por el 'pensamiento gregario' y se creen obligados a referirse al latín como 'lengua muerta', bastaría pasearse por internet para descubrir el altísimo número de iniciativas de toda naturaleza, pero coincidentes en documentar las iniciativas en favor del 'latín vivo': grupos que se reúnen periódicamente para hablar en latín, cursos de verano encaminados a la práctica hablada y escrita de la lengua, publicaciones en latín, etc., etc.

¡No es elocuente el hecho de que entre 2008 y 2009 hayan salido seis ediciones de bolsillo de este libro? El testamento de Stroh es claro: si queremos entender la lengua que hablamos, valdría más que supiéramos algo (cuanto más, mejor) ¡de latín! No sólo la lengua; ¡también la cultura (en) que vivimos!



David A. Lusher.



Wilfried Stroh

La obra de Stroh me lleva de la mano a comentar el segundo (documento), que, aunque es un poco más antiguo y no trata del mismo asunto, se concentra en un caso particular de los innumerables casos en que se puede detectar el peso de la herencia romana; y que tiene los Estados Unidos como lugar de procedencia (otro motivo de sorpresa, tratándose de nuestro tema). Me refiero al libro de David A. Lusher, *Romans in a New World. Classical Models in Sixteenth-Century Spanish America* (Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2006, 440 p.).

El autor enseña literatura griega y latina en la Universidad Puget Sound (Tacoma, Washington); entonces, ¿qué le ha llevado a abordar un tema hispanoamericano? Como él mismo explica, fue la circunstancia inesperada de tener que dar un curso sobre el cronista novohispano Bernal Díaz del Castillo; dado su campo habitual de trabajo, quiso enfocarlo lanzando un puente entre la antigüedad clásica (concretamente, romana) y el siglo XVI de la conquista hispanoamericana.

¿Conquista 'americana'? Sería más exacto hablar de 'norteamericana', pues el autor maneja sobre todo las fuentes indias de la primera mitad del siglo XVI (Marineo Sículo, Cortés, Díaz del Castillo, Las Casas, Fernández de Oviedo...); como su enfoque quiere 'problematicar' el tema de la conquista, se adentra también en los grandes autores de la polémica no menos teológica que jurídica que aquella conquista provocó (Las Casas, Sepúlveda, Victoria, Cano, Soto...), polémica que también le sitúa en el tercio central del siglo XVI. Y así podemos entender que en buena parte esté centrada en la Nueva España.

Como no podía hacer de otra forma, Lusher ha leído en las crónicas y tratados polémicos de tema indiano cuanto le permitiera relacionar el mundo romano con el americano (éste ha sido su propósito desde un comienzo); más en concreto, echar un puente entre la conquista romana de la Hispania con la conquista hispana de la *Nova Hispania*. Puestas estas premisas, la madura

destreza del autor le permite poner a la vista situaciones, actitudes, pasiones, prejuicios de doble sentido: no sólo el pasado lejano influye en la presentación de lo que está sucediendo en América, sino que las experiencias americanas llevan también a hacerse una idea peculiar de la antiquísima conquista de la península y su romanización subsiguiente. Y le sale al encuentro una amplia gama de posiciones: desde los que en la conquista romana ven la legitimación de la americana hasta los que alimentan el orgullo de un 'patriotismo' hispano en América con un presunto 'indigenismo' ibérico que rechaza la conquista romana de la *Hispania*. En todo caso, la obra que comentamos demuestra que Roma fue un punto de referencia casi omnipresente en aquella primera 'disputa del Nuevo Mundo'. Y esto justifica plenamente tanto su investigación como la publicación de sus resultados.

Aunque desde nuestra perspectiva podemos lamentar que en este firmamento a Sudamérica sólo le quede un papel de parente pobre (en parte, efecto de la cronología de los hechos y reflejo de los sucesos; en parte, fruto de opciones personales de Lusher), a fin de cuentas es secundario. Personalmente creo que sus análisis y sus exégesis se habrían enriquecido con un aprovechamiento más sistemático de Cieza, del P. Acosta y del Inca Garcilaso, pero es forzoso reconocer que la sincronía básica los dejaba fuera de los debates analizados. La conquista del Perú pertenece a otro ciclo; en cambio, la conquista del imperio azteca y de la federación maya provocó el cuestionamiento ético que se venía acumulando desde los primeros días de Colón.

Con todo hay una ausencia que sí sorprende: la del catalán Joan Cristófol Calbet d'Estrella (1520?-1593), que como tantos participantes en la polémica, nunca pisó América, pero vivió muchos años entre los pasillos cortesanos. En cambio, hay una presencia que puede calificarse de primicia: la del hasta hace poco enigmático fraile Vinko Paletin OP (o Vicente Palatino de Curzola), pues ésta debe ser la primera monografía en que se aprovecha –más allá de una mención meramente ritual– su complejo alegato pro-colonialista (y en la misma medida, explícitamente anti-lascista), gracias a la reciente y única edición disponible de Sanjek (Zagreb, 1994) (pp. 167-186), que confronta con la copia incompleta de la versión latina.

Resumiendo: una aleccionadora obra de historia cultural e intelectual, con la trama de ideas, recuerdos, imágenes y pasiones desatadas en tiempo renacentista, cuando Europa trataba, por un lado, de 'recordar' el legado de la Antigüedad clásica; por otro, de ajustar sus instituciones y sus mentalidades a las tremendas novedades del nuevo continente americano. Que esto desatara todo un paquete de debates no puede sorprender (y menos escandalizar) demasiado; en cambio me parece mucho más interesante comprobar (por enésima vez, si hiciera falta) cómo unos mismos hechos pueden desencadenar (y ser puestas al servicio de) las interpretaciones más opuestas. A uno le viene a la memoria aquel dicho que en plena Edad Media ya había enunciado Tomás de Aquino: *quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur*. Dogma que no libera de la aspiración a la verdad dogmática (donde ésta sea pertinente), pero que a los investigadores de las realidades históricas les permite reconocer la relatividad de las 'teorías' y 'generalizaciones' humanas, obligándoles más bien a tomar en cuenta la enorme fuerza que pueden alcanzar las pasiones (los patriatismos –también los indigenistas– suelen formar parte de ellas).



La divina ilusión

La sensación del límite de la vida, de que nada de lo que existe en el mundo puede interesarnos ya dentro de un corto número de años, ni ha podido interesarlos antes de nuestro nacimiento; de que el velo tendido entre el ayer y el mañana es un velo ilusorio de la conciencia que desaparece al primer accidente físico, que todo este mundo de colores y formas está suspendido de nuestros sentidos, frágiles órganos que pretenden atestigar las realidades de la vida, oscilantes ante nosotros, pues sólo valen en relación con nuestra sensibilidad; todas estas cosas nos dan un amargo sentido del mundo en torno. La maravillosa e ingeniosa disposición de la vida dispuesta a encantarse con el sol y las bellas alamedas, a hacernos sufrir y gozar, queda superada y deshecha al primer encontronazo de la meditación serena.

Se precisa dejarse ir aprisionando en el encanto de todas estas apariencias engañosas para no caer de brúces en el abismo, porque aun cuando la razón parezca justificar nuestras conexiones con el mundo y darle a éste un sentido de realidad, ¿qué vale nuestra razón misma ni qué títulos de legitimidad puede ofrecer por ella sola? Lo real, lo auténticamente real es que nuestra vida apenas alumbría en un momento del tiempo, y que en una eternidad, antes y después no tenemos ni hemos tenido la menor relación con el mundo.

La vida nos atrae y nos engaña. Hasta el momento mismo de la muerte parece que su papel sea ocultarnos el trágico final. No importa que los otros se hayan muerto ya; aquí estamos nosotros atraídos por el halago de nuestros sentidos, presos en la atracción de las cosas y de los valores tan maravillosamente dispuestos en relación con nuestra sensibilidad. Todavía quedan magníficas puestas del sol; todavía quedan espléndidos paisajes, nuevos horizontes para cautivar el ojo mortal; todavía quedan problemas y luchas y trabajos que nos enganchen y articulen en el mundo; pero, sobre todo este velo de ilusiones que se tiende ante nuestra vista, queda también patente el ojo del espíritu, que descubre, tras ese brillante cortejo de apariencias, el abismo de la muerte.

Muchos hombres han vivido volcados del todo en el encanto del mundo y afirmaron, en esta inclinación sobre las cosas, el gusto de la vida; otros, en cambio, más pesimistas, perspicaces en el descubrimiento de la trágica realidad bajo las apariencias y la destrucción del encanto, lo hicieron patente, como asimismo la vanidad de vanidades de todo lo que nos rodea. ¿Quién tiene razón? Evidentemente, la razón está de parte de los últimos; lo que pasa es que, con tales razones, la vida sería imposible, y todos los vivientes, por el hecho de serlo, nos hacemos cómplices de la vida en interés de ella y de nosotros mismos. Así, la pobre Humanidad ha ido tejiendo espléndidos valores, elaborando realidades espirituales, que ponemos por encima de nuestras cabezas y por encima de nuestra limitación.

La Historia, el Arte, la Ciencia, brillantes caminos y sendas de redención maravillosa, ensayos e intentos de descubrir una realidad trascendental y eterna. Ensayos nada más de antemano frustrados, pero manteniendo siempre encendida la fe y la esperanza en el éxito, porque es el único tesoro posible de la pobre Humanidad, y aun así, ¿qué valor tiene para el hombre concreto y limitado, que se ausenta definitivamente del mundo, ese re-

guero de actividad siempre renovada en busca de un no sé qué?

No vale no querer morir; la muerte es un suceso fatal como el sueño, y poco importa que nos resistamos: el sueño nos vence a la postre.

En la vida sólo cuentan las exigencias profundas de nuestra naturaleza, y la muerte es una de ellas; aunque parezca paradójico, es una exigencia de la vida. Entre la vida y la muerte hay un abismo y no hay nada. Un suceso físico, el más insignificante y externo, un pequeño choque, un íntimo episodio perturbador en un organismo tan frágil basta para alejarnos definitivamente del mundo. Nuestra existencia corre infinitos riesgos cada día, cada hora, cada minuto. Los sentidos sólo nos proporcionan el dominio de un mundo parcial: la vista, el de los colores; el oído, el de los sonidos, etc., y todo es nada, todo desaparece en un momento por una perturbación insignificante. Lo curioso es que estamos seriamente interesados en este mundo de apariencias. Se ha dicho esto tantas veces, con frases de sabor religioso, que perdieron su virtualidad, y se atribuyeron a fines interesados de propaganda y de apostolado, y, sin embargo, por mucho que ensanchemos el sentido de la vida, la vida está a un milímetro de la muerte. ¿Qué resultados pretendemos con nuestra verdad? ¿El pesimismo, la desesperanza?



No, la verdad misma.

La vida está interesada en cultivar el engaño; tiene en su favor la Naturaleza, las realidades físicas atractivas, todo lo que satisface nuestros instintos, nuestras apetencias materiales. La vida se siente íntimamente ligada por un milagro con el mundo en torno, de tal modo, que siendo mortal se siente a gusto en ella misma. Éste es todo su secreto: oculta su ponzona, y, lo que es peor, nosotros caemos en la trampa. Parece que un dolor, una nueva y trágica realidad habrá hecho desaparecer en nosotros todo estímulo, toda ilusión, y, sin embargo, la sonrisa torna a nuestros labios. La vida, que es pura apariencia, tiene esta enorme fuerza: un minuto de vida y una eternidad de muerte, y, sin embargo, ¡qué bríos pretende tener ese minuto de vida! De dónde viene esta ilusión divina?

La incertidumbre del último destino

Hay hombres que parecen tan definitivamente instalados en el mundo, que su más allá no los inquieta. Piensan en la muerte como un accidente final y sin importancia, es decir, no piensan en la muerte. Pero no vale no querer pensar. Es lícito y valioso no querer pensar en la propia; como quiera que cuando llega ya no se puede pensar, nos sobrecoge sin pensar en ella, que es un modo bastante general de comportarse ante ella. Pero

¿y la muerte de las personas más próximas? ¿Cómo evadir la meditación ante estos trágicos sucesos de todos los días? ¿Cómo no pretender inquirir el destino de aquellas mismas personas que hace unos instantes estaban aquí, dialogando con nosotros, ayudándonos con sus afectos, compartiendo nuestros dolores y nuestras alegrías? De pronto, aquellos ojos que nos miraban con infinita ternura han dejado de mirarnos, los labios que se entrelazan en una sonrisa, las manos aquellas que estrechaban la nuestra...

¿Qué ha pasado tras ese rostro grave, pálido y frío? ¿Qué ha sido de la vida y del alma de ese ser? No; no nos duele sólo con dolor inmenso su separación eterna. Nos avenimos incluso a vivir sin ese ser querido. Pero nos duele no saber de él, y nosotros, que no hubiéramos descansado si lo hubiéramos perdido en la vida hasta encontrarlo, ¿cómo descansaremos ahora sin saber su paradero, sin conocer su destino?

¿Cómo, aquella alma delicada, débil, que cuidábamos con tanto mimo, ha hecho frente al trágico tránsito del más allá, y ha penetrado la pobre sola en ese terrible misterio? ¿Cómo aquel cuerpo que envolvíamos en la dulzura de tanto cariño ha podido desprendérse de esta vida y pudrirse entre la tierra? Éstos son los grandes dolores que nos deja la muerte de los seres queridos; no se trata sólo de la pérdida de su compañía, y algunos no parecen sentir más que este aspecto del dolor: se trata del dolor que nos produce ignorar su paradero y no saber su destino. Ya sea la incorporación del espíritu individual a la conciencia universal y la del cuerpo al mundo físico, y a la terrible nada. De todas, la religiosa de un dulce reconocimiento en el seno misericordioso de un Dios de bondad, es la más consoladora. Demasiado pequeños, demasiado concretos y limitados, demasiados débiles, en fin, para soluciones abstractas, ¿cómo no sentir el pavor del tránsito final, cómo no sentir el pavor al pensar en la muerte de los seres que desaparecen en torno nuestro?

He dicho alguna vez que un ser infinito, dominando el tiempo, que tenga con la misma limpidez la visión del pasado y del futuro, nos verá, finitos y limitados, ya muertos, y conocerá nuestro destino último. ¿No es trágico para nosotros, llamados forzosamente a desaparecer, poder ser objeto de este modo de visión? ¿No es trágico sabermos ya anticipadamente muertos por alguien que puede ver por encima del tiempo? Todas estas cosas que acontecen a nuestra condición mortal y perecedera, son fundamentalmente, inquietantes. Nada de lo que intentemos para salvar los límites de la mortalidad es eficaz; cierto que la proyección de nuestra alma, la objetividad de nuestro espíritu en la Ciencia o en el Arte pueden alcanzar un valor histórico y llegamos hasta la superación de nuestro ser en busca de una cierta inmortalidad; pero no teñe que sólo las obras morales parecen tener la doble cualidad de valer para este mundo y para el otro. Las religiones no estiman el valor artístico y el científico; en cambio, dan el mayor valor al acto moral, aun al más humilde, al silencio de los espíritus más sencillos; en una palabra; la vida de sacrificio y de generosidad parece encerrar las mayores calidades vitales, el más alto sentido dentro de nuestra existencia, porque no sólo hace más dulce la pérdida de la vida, sino que es lo único que se puede transferir más allá.

Entre la vida y la muerte no hay solución de continuidad. Entre la vida y la muerte no hay término medio; el tránsito es radical; el corte es brusco.

Victoriano García Martí. España, 1881-1966. Escritor, abogado, sociólogo y ensayista.

El texto está incluido en "Ensayos", 1950



Antes del año cincuenta

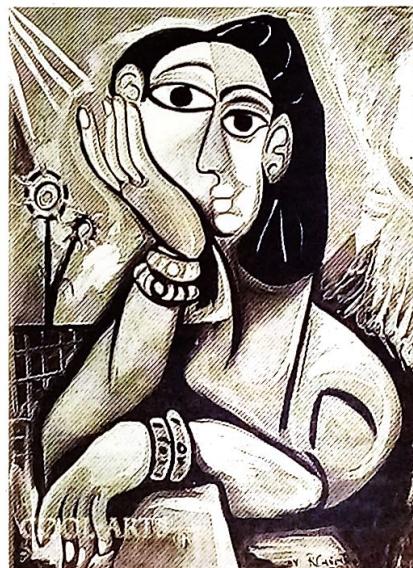
Fue en tiempos en que el Hospital Obrero no era ni esperanzas sembradas en unos predios descuidados, y en que el mismo estadio La Paz jugaba por fuera mientras que los futbolistas jugaban en su interior, porque este estadio con su arquitectura hacia juego con el monolito tiwanacota y el templete semisubterráneo. Tampoco eran tiempos tan añejos como para ser "mi refugio dominguero" como dice el tradicional tango, sino que era el refugio cotidiano de Ismael cuando estudiaba en la universidad de San Andrés.

Hacía poco que se había celebrado el Cuarto Centenario de la fundación de la ciudad, y toda ella mostraba aún los arreglos y engalanamiento que se había hecho para exhibirla más linda todavía. Sus habitantes se sentían felices cuando la vida se deslizaba al ritmo de sus tranvías, pero algo presagiaba que a la Ceja de El Alto se asomaría el progreso para planear el polo del desarrollo citadino. Nadie había especificado si el polo geográfico o el polo magnético o sea aquel montículo imantado que, según la leyenda, atraía poderosamente todo lo metálico para hacerlo estellar. De cualquier manera, se necesitaba una violenta convulsión, felizmente no orográfica, porque eso sí ningún boliviano permitiría que se modifique la tranquilidad y la imperturbable placidez del Illimani, propiedades contagiables a muchísimos de los seres humanos de las cercanías. Era más bien una conmoción en el espíritu de las personas que debía poner a unas minorías privilegiadas en las vecindades del mal agudo coronario, y a las mayorías, en el jadear de las monumentales reactualizaciones que pedirían esfuerzo y sacrificio.

Pasados los años, Ismael no podía recordar qué se celebraba aquella semana que originaría los sucesos de este relato porque unas largas pestañas femeninas se enredaban con la pelusa de su memoria; solamente sabía que la gente estaba muy jubilosa, y entre otras, se apreciaban en La Paz dos cosas como buenas. Su cerveza ingente, debe entenderse: la cerveza que se mete en la gente, y un municipio que quería repartir a la población festejante billetes de dos mil bolivianos, pero otras autoridades no le dejaron fabricarlos en la imprenta de la esquina. Durante siete días, la mayoría de los cines presentaban un festival, o sea la proyección de los éxitos de películas en una especie de circuito local.

Ismael era en esa época un caso típico de lo que antes se llamaba tedio y ahora se tilde como órgano-neurosis o de "stress complicado con strain". Impensadamente encontró el mejor tratamiento, que era una chica que descubrió en el patio posterior de la UMSA tomando apí como desayuno. Como buenos amigos habían asistido a tres jornadas sucesivas del festival de cine. La cuarta vez, al volver de la función vespertina, caminaban conversando, alrededor del estadio. Quizá por la actitud romántica de la actriz Jean Simmons que se enamoró fácilmente del consiguiente, quizás por la noche estrellada, quizás por la presencia de un cuerpo corriente de muchacha, pero forrado de esa maravilla morena de la paciencia, buscaba con la mirada un arbolito que le diera sombra bajo los lamparones de la avenida y también la forma o la frase adecuada para detenerla y confiarle no sé qué sensaciones bonitas que le palpitaban irreprimiblemente en el pecho. Cuando se dio cuenta que el orden de los faroles no altera el alumbrado, y que pararse y soltar un suspiro a bocajarro era la solución a su pena, se acabaron los arbolitos, y a la cuadra llegaron hasta la puerta de la casa que la amiga atravesó diciéndole en un adiós apresurado la hora de la cita siguiente. Su padre tendría anteojos para leer exclusivamente sus escritos de abogado pero la casa tenía ventanas que oficializaban de atalayas.

No habría dado Ismael ni una docena de pasos cuando se le plantó en su delante un individuo que se sentía él solo la segunda edición de un pelotón de fusilamiento. Una humanidad maciza.



El ceño fruncido y la mirada cominatoria, sobre unas mejillas como un par de guantes de box.

—¡Me tiene que acompañar a la comisaría! Soy detective.

—¿Por qué? Usted está equivocado.

—Les he seguido y estaban haciendo macunas bajo el árbol del parque.

—No hemos pasado por ningú, parque...

Si no ensayaba ningún otro tipo de defensa era porque una mano metida en el bolsillo del perramus hacía intuir un arma de fuego. Si ya no intentó seguir dando explicaciones de inocencia fue porque sabía que las cabezas son como las empanadas salteñas, lo que vale es lo que se lleva adentro. Y la del detective, ni la pepa de la aceituna...

—Te vamos a fichar!

Ismael pensó: Como estoy tan flaco me tomarán mis depresiones digitales, y en señas particulares pondrán: "Bostezos por docena y por falta de cena".

Tuvo que ir por delante al paso exigido por el apremio, aunque de haber conocido el camino hubiera llevado al prepotente de vuelta a su singani. En el trayecto oyó un ofrecimiento de transigir a cambio de una suma que representaba su pensión de tres o cuatro meses, por lo que ya no abrió su boca. El detective sí lo hizo:

—Apurate —le tuteó—. Tenía que haber esta madrugada un golpe, y mi jefe debe de estar nervioso. Ya he dicho que te suelto con esa condición...

Faltando algunos metros a la supuesta comisaría, Ismael pensaba que adivinar el tinte partidario de ese presupuestívoro era igual a conjutar sobre el color del esófago de las truchas o de las bogas. Súbitamente salieron de la Comisaría una veintena de individuos ariscos que corrieron a rodearlos. Era como obligar a seguir hablando de fauna lacustre: las bogas pueden trasladarse solas, pero los ispis los hacen dentro de un conjunto múltiple. Así aparecieron los partidarios del orden; lo que vale a decir, del ministro, del pez gordo, pescado por el anzuelo de la "Rosca" y los siervos de los capitalistas mineros.

Indudablemente que había allí algún malentendido, o que los del ministerio habían olido a pescado podrido o a adherentes de asonada.

El detective mostró ser un psicólogo porque les lanzó una andanada de recriminaciones pues querían detener al más fiel defensor del gobierno, y por eso traía a ese universitario rebelde. La veintena actuaba como un solo hombre. No se atrevían a definirse, por el mismo motivo que había convertido a Ismael en revolucionario auténtico. Por el poder de un arma que desde el bolsillo apuntaba inmisericorde. Los ademanes del brazo izquierdo eran iracundos como si sus reflejos medulares mostraran mayor actividad mientras más se enojaba. Y su cuerpo no se movía del mismo sitio porque sabía que se estaba perfilando como candidato a un calabozo vitalicio. Hacía lo posible por seguir amenazando con lenguaje de telegrafía ebria.

Pero aquel grupo veinte igual a uno demostró que su sentido de observación no era el mismo que el de un celenterado, y cuando se percataron que nunca podría disparar algo que únicamente era apariencia de caño de revólver, para no gastar una bala —que quizás tampoco la tenían en sus dos metralletas— le dieron un golpe con la culata. Ismael afirma desde entonces que su detective descubrió la franja de asteroides situada entre Marte y Júpiter.

Como se ve, son circunstancias que cambian el curso de la historia. La del país, no, por supuesto. Pero la de él, sí, porque ya no llegaría a contar a sus nietos sobre Melgarejo y su famosa camisa marca "Confianza".

Ismael se había puesto a pensar nuevamente y muy apresurado en aquel socorrido argumento de los valientes que había leído en algún lado: No me hincaré a rezar, ¡nunca!, porque entonces ¿cómo podrá salir corriendo? Hay gente que ahora se reirá, o querrá disimular una sonrisa de muy inteligente, que entiende todo, pero una cosa es leer qué es una noche de revolución, y otra, tenérsela al frente con un caño que le apunta a la cara.

Después, el cachetón exhaló. Todo parecía un sueño de una noche de verano. En versión de tragedia. Sin el bardo inglés que la escribiera. Y únicamente con el jefe de la banda que se consideraba el poder ejecutivo en pleno. Él tardó en pensar: sublevado es falso. Joven, preso de falso. Sublevado, eliminado. Joven, está de nuestro lado. Como conclusión dio unas palmaditas en el hombro de Ismael para que se fuera. Si se hubiera quedado, y continuado el silogismo, le hubieran conferido una escarapela y nombrado "salvador de las instituciones".

—Ahora ¡corramos! Vamos a cobrarnos con los traidores que están en el puente...

Nadie se preocupó del dizque detective que, después se supo, se había mantenido firme en su deber, aún al día siguiente de muerto continuaba duro, no quería dar su brazo a torcer.

El epílogo fue el habitual. La oligarquía siguió gobernando. Como efecto del susto, el tedio abandonó a Ismael, y ya no buscó más a la hermosa miriflorina pues vivía en una calle muy conflictiva.

**Alfonso Gamarra Durana. Oruro.
Académico de la Lengua.**



David Huerta

David Huerta, Ciudad de México, 1949. Ha publicado, entre otros, los poemarios: *Cuadernos de noviembre* (1976), *Huellas del civilizado* (1977), *Incríble* (1987), *Historia* (1990), *Los objetos están más cerca de lo que aparentan* (1990), *Hacia la superficie* (2002), *Versión* (2006) y *La calle blanca* (2006).



La Noche del Cuerpo

En la noche del cuerpo se preparan los alimentos de Dios, la cena carmesí de los esclavos, el místico boeado de los turbios amantes sudor, lágrimas, mierda el humus lento, el óvalo marchito, el resto náufrago del visionario, el regalo sedente que se posa en la tierra un vapor de Demonios rodea los Testimonios. En la noche del cuerpo se preparan de nuevo para sus explosiones diurnas, para el momento en que habrán de salir entre el humo feroz de su estallido.

Escena de costumbres

La región que buscabas en el azul del sábado es una reliquia desprendida del corazón húmedo del aire; una zona de poca fortuna. Para la riqueza de tus manos rectas y dolorosas, metidas en el azar de un brusco acercamiento o penetradas por el disturbio de una desnudez que nadie sospecharía. Ahora tu escena es una composición de velocidades e imaginaciones nuevas: accidentes de cacería, oscuros trapos, paredes repletas para tu ojo sin costumbre. Tu cuerpo es un vino que atravesaba la confusión de cuerdas y relojería sin manchar el mantel, una medicina en la atmósfera de cabellos del sábado, una pálida risa que se desvaneció detrás de ti. Escucha cómo se propaga la escasa conversación de los otros, tensa en las bocas cuidadas para la muerte, ilesa y resplandiente como una gustada maquinaria sobre la carne del mundo, tocada una y otra vez por la salud y el orgullo, invadida por un enorme paisaje conmovedor.

Nocturno

Milimetros de ti convergen ahogándose, bajo la noche, la fantasia de toda la transparencia empozada en el cuarto. Tu mirada oscila con un cerrado esplendor, y en tu saliva surgen pedazos de nombres, alas de quemaduras: la noche resuena en tu paladar con paso lentísimo de larva y roce tibio, de animales numerosos extraviados en el reino de tus ropas, mezcladas de cualquier modo en la silla sombría, bajo techos muertos y lúcidos, recogido tú en los dones del sueño sobre tu cabeza hipnotizada de silencio.

Olvidar

Aquí están los nervios que envuelven, como un papel fragante, las melodías obtusas del rencor. ¿Y aquí la risa como un pájaro ebrio? Escuchar. Olvidar. Dos neblinas. La espuma del sufrimiento cala en el encuje náufrago de mi silbido matinal. Aquí están los sonidos olvidadizos, las crepitaciones que amarillean. Una vez más, todo será escuchar y olvidar. Olvidaré estos doblados enigmas, estos relojes rectilíneos de esperas, Este cuerpo ajeno en la llama de sándal.

El peso de una chispa

Entro en una gasa letárgica hecha de fantasma y Purgatorio. Estás detrás de una velocidad de párpado la fractura de una Afirmación. Pero yo nada puedo ya afirmar en esta ensordecedora negociación de bien, mal, política, moralidad. Entro y salgo de vestiduras tensas, la Afirmación me enardece: debo escoger, tomar partido, pronunciar una sentencia y mantener los ojos abiertos. Entro luego en ámbito de arenas evangélicas, veo sombras de manos y huelo el vibrante viático de mi Hermano. Salgo a los dédalos del mundo. No renunciaré a este entrar y salir. No escucharé las Órdenes. Tendré, entre los fantasmas y los purgatorios, sobre el calor de las manos que proyectan esta sombra de un collar blanco, la dávida necesaria. Sostendré, al entrar y salir, el peso de una chispa que sale de una gota o un río de sangre todo lo que me une a esto y a lo otro, diminutivamente a mi hermano, al mundo.



A propósito de su poesía, David Huerta manifiesta: *Soy un escritor de poesía más bien tradicional. Yo diría que lo que hago es una poesía de imágenes, de metáforas, de similes, de metonimias, de todo tipo de tropos, de figuras del lenguaje. Más que el culto o la devoción de la imagen, tengo la certeza de que todavía a través de las imágenes podemos decir cosas que nos ayuden a vivir, un poco al margen del mercado, si eso es posible.*

Pandora y las brujas

"Pandora y las brujas" aborda el imaginario griego influyente en las concepciones culturales de Occidente sobre la mujer y su relación con la decadencia de la historia. El texto forma parte del libro "Theatrum ginecologicum" escrito por el académico de la lengua Blithz Lozada Pereira (Oruro, 1964).

Continuación

Tercera de seis partes

Pandora y el mal en la historia

Carlo Ginzburg dice que en la formación del estereotipo del aquelarre se advierte un incremento del poder demoníaco entre los siglos XIV y XVI. Al principio, el *sabbat* consistía en la pleitesía que los brujos ofrecían al demonio en los actos de profanación de Cristo y de sus símbolos y en la antropofagia infantil. Posteriormente, se habrían definido otros elementos: el diablo se presentaba en forma de macho cabrío para tener relaciones sexuales con las brujas, tenía el poder de metamorfosar a los asistentes al *sabbat* en lobos para que devoraran al ganado o de hacerlos invisibles para cometer atrocidades y el poder diabólico permitía que las brujas volaran sobre sus escobas(1).

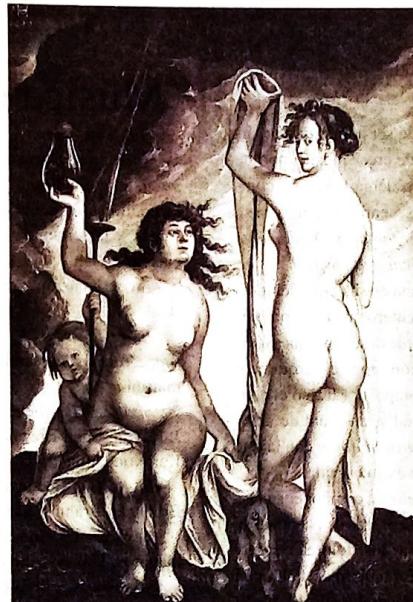
Aparentemente, la brujería fue perseguida por las nefastas consecuencias que ocasionaba (pérdida de la cosecha y del ganado, muerte de niños, enfermedad, esterilidad, infidelidad y locura). Sin embargo, Marvin Harris dice que la verdadera razón fue suprimir el emergente mesianismo cristiano que se desarrolló a partir de la teología de Joaquín de Fiore y que se cernía como un saber germinalmente peligroso para el poder económico, político e ideológico de la Iglesia.

El peligro de una rebelión masiva de las clases bajas crecía de manera alarmante. Algunos grupos confiscaron los bienes de la Iglesia, otros fanáticos se lanzaron a una batalla para "lavar sus manos en sangre" puesto que los pecadores debían ser heridos y matados por los auténticos *sacerdotes*. En fin, no faltó un vidente que atestiguaba que la Virgen María le había instruido que los pobres se rehusaran a pagar impuestos y diezmos. Que en este contexto apareciesen líderes carismáticos anunciando un nuevo reino, dirigiendo masas campesinas y exigiendo inmolaciones militares y mesiánicas era, al parecer, una consecuencia inevitable.

La teología de Joaquín de Fiore refiere tres edades de la historia. La última, del Espíritu Santo se caracteriza por la superación de las necesidades materiales y por la eliminación de la riqueza y la propiedad. El discurso y las acciones de los *fraticelli* franciscanos representan la expresión política que devino de esta teología, especialmente en lo que respecta al cuestionamiento del poder de la Iglesia.

San Agustín y San Anselmo habían establecido una visión teológica de la historia basada en dos dispensaciones: el tiempo del Padre y el tiempo del Hijo correspondientes al Antiguo y el Nuevo Testamento. A fines del siglo XII, el franciscano Joaquín de Fiore incluyó a éstas la dispensación del Espíritu Santo, sin Papa ni jerarquía clérical y con una Iglesia transformada en comunidad sin sacramentos, teología ni Sagradas Escrituras. En suma, se trataría de un tiempo de pobreza y de humildad. De Fiore menciona dos momentos eschatológicos, el que se daría con la segunda venida de Cristo y el momento de la salvación en la última fase de la historia del mundo.

La dispensación del Padre comenzaría con Adán y duraría hasta Cristo, representando el orden de las parejas casadas dependientes del Padre, en ella imperaría la laboriosidad y el trabajo. La dispensación del Hijo comenzaría con Isaías, la caracterizarían la fe y la humildad, la gobernaría el estudio y la disciplina y estaría representada por los clérigos dependientes del Hijo. San Benito inauguraría la tercera dispensación como culminación del fin del mundo. Se trataría de la dispensación del Espíritu Santo gracias a la que se identifica-



rían el amor y la alegría. Estaría representada por los monjes dependientes del Espíritu de Verdad y la gobernaría el *plenitudo intellectus*(2).

En este contexto ideológico fue necesario instituir la caza de brujas. Para las clases dominantes de ese tiempo resultaba conveniente que se multiplicaran los casos de brujería, que el saber triunfante afirmase la existencia y el poder de las brujas y que su cacería fuese justificada. El Estado y la Iglesia crearon sus propios fantasmas expiatorios, el clero que justificaba sus prerrogativas y la nobleza que mostraba la conveniencia de su poder aparecían como los protectores del pueblo, en tanto que la Inquisición evitaba que los pobres sean víctimas de la hechicería. Para esto fue imprescindible que el pueblo estuviera convencido de que todas sus desgracias, desde el pago de impuestos hasta la peste, era obra o consecuencia de la acción o las malas artes de las brujas.

Es interesante que la imagen de la mujer y el mal hayan cristalizado de esta forma en el saber triunfante de los siglos XVI y XVII sobre las brujas y en la institución paradigmática que convirtió la *caza de brujas* en símbolo de poder: la Inquisición. Si bien las clases dominantes preveían fatales consecuencias, encontraron en el discurso sobre las brujas el recurso político para satisfacer sus necesidades y paliar los peligros. Esto aconteció gracias a la *arqueología de la subjetividad*. No sólo en los sacerdotes de la Iglesia, sino en el imaginario colectivo de la época prevalecía la imagen nefasta de Eva, se asociaba el cuerpo de la mujer con el pecado y la lascivia, y además, fue imperativo reprimir los levantamientos de mujeres y de otros actores en movimientos peligrosos.

Que pocas personas educadas conocieran el relato mítico de Pandora, pese a la revalorización de la cultura clásica que produjo el Renacimiento, no obstante para que esta imagen influyera en las decisiones contra el *sabbat* y demás expresiones demoniacas. Las similitudes y coincidencias entre Pandora como versión griega de Eva, son sorprendentes. Ambas son criaturas de los dioses que cumplen la misma función: espaciar los males sobre la tierra. Con ellas se precipita la caída del hombre del paraíso o la edad primordial estable-

ciéndose una nueva condición humana. En ellas la seducción es un ritual que obnubila y provoca que los hombres se pierdan a sí mismos, alejándolos de sus obligaciones divinas. Finalmente, ambas son el percutor para que se inicie un nuevo orden universal con el tiempo de libertad para el género humano.

Foucault menciona que inclusive la concepción de la enfermedad estaba vinculada al mal. A fines del siglo XVI, el Diablo no era sólo una alucinación. El médico en especial, debía mostrar que además de transformarse en macho cabrío o de llevar a las brujas al *sabbat*, el Diablo actuaba insidiosamente sobre la intimidad de los cuerpos. El saber de la época estableció la obra diabólica sobre el cuerpo, la mente y los humores de los más frágiles: los ignorantes, las doncellas y las viejas cascarrabias. Doctos teólogos y médicos crearon el saber que párrocos de pueblo y gente del vulgo difundía eficazmente, constelando la subjetividad de la mujer en un oscuro y tenebroso escenario del *theatrum ginecologicum*. Según el cuadro, el Diablo usaba la enfermedad para dañar a las personas, engañándolas respecto de qué hacían y dónde estaban asumiendo que las fabulaciones sobre brujas y aquelarres habrían tenido incuestionable realidad.

Según Foucault, los capuchinos y los jesuitas habrían sido quienes se esforzaron más en evidenciar y "resolver" casos de posesión demoníaca, brujería y pacto satánico. En el siglo XVIII, la brujería habría dejado de tener interés político para el Estado, pese a que se reconocía que ocasionaba desórdenes. En ese tiempo, el ámbito de su realidad se restringió al mundo moral y social. Para el saber que comenzaba a erguirse como triunfante, resultó crucial negar todo carácter sobrenatural a los fenómenos demoniacos, el fanatismo se equiparó a la locura y la Iglesia se empeñó en reducir las acciones extraordinarias a simples fenómenos inusuales aunque naturales. De este modo, la enfermedad atravesada por maldad, mentira, iniciación esotérica y superchería, la Iglesia la transformó en un acontecimiento natural y exigió un positivismo médico que redujera lo sobrenatural a un ámbito estrictamente patológico. Lo interesante de esta política resultó ser una paradoja para la Iglesia, el positivismo médico tipificó inclusiva la experiencia religiosa como una inmanencia psicológica(3).

(1) *Historia nocturna: Un desciframiento del aquelarre*, pp. 70-2 (Trad. Alberto Clavería. Muchnik editores S.A. Barcelona, 1991).

(2) Véase de Karl Löwith, *El sentido de la historia: Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia*, pp. 167-8, 175 (Trad. Justo Fernández. Ed. Aguilar. Colección Cultura e historia. 4^a ed. Madrid, 1973).

(3) Cfr. el texto "Médicos, jueces y brujos en el siglo XVII", en *La vida de los hombres infames*, pp. 23, 29-32 (Trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría. Canonte ensayos. Buenos Aires, 1996).

Continuará

EL MUSICO QUE LLEVAMOS DENTRO

Gustav Mahler

Gustav Mahler. República Checa, julio 7 de 1860 - Viena, mayo 18 de 1911. Valioso en su tiempo más como director que como compositor, hoy es considerado uno de los más originales sinfonistas que ha dado la historia del género, porque anunció en su obra las contradicciones que definirían el desarrollo del arte musical del siglo XX. Conjugó la sinfonía con el *lied*, heterogeneidad que propició una corriente de hostilidad hacia su música, pese al apoyo de una minoría entusiasta como la Segunda Escuela de Viena, de la que Mahler fue su director precursor.

Una oportunidad única le llegó en 1897, cuando le ofrecieron la dirección de la ópera de Viena, con la única condición de que apostatará de su judaísmo y abrazara la fe católica. Así lo hizo, y durante diez años estuvo al frente del teatro. En 1907, aceptó la dirección del *Metropolitan Opera House* y de la Sociedad Filarmónica de Nueva York.

Considerado niño prodigo, tocó el piano desde los 4 años. A los 6 compuso un lied y una polka. Dio su primer recital a los 10. Cuando tenía 14, falleció su hermano menor a quien dedicó su ópera *Duque Ernst de Suabia*. Mahler no sólo sabía de música, también palpitaba con los problemas de la filosofía y metafísica. A pesar de su estilo histrónico y dictatorial, despertaba ferviente admiración. Por sus gesticulaciones al dirigir fue retratado en caricaturas muchas veces. Tenía pocos amigos.

En 1889 fallecieron su padre, su hermana Leopoldine y su madre. En Viena, el alcalde conservador antisemita, Karl Lueger, proclamaba: *Yo mismo decido quién es un judío y quién no lo es*. Mahler se sentía siempre un intruso, nunca bien recibido. Decía entonces: *Soy tres veces extranjero, un bohemio entre austriacos; un austriaco entre alemanes y un judío ante el mundo*.

En 1901 conoció a la compositora Alma Schindler, 19 años menor que él. Se casaron un año después. Tuvieron dos hijas. El matrimonio no parecía compatible: él, judío, indigno para una joven de buena familia; ella,

coqueta y encantada de ser admirada por sus atributos. Alma dejó de crear música porque Mahler decía que sólo debía haber un compositor en la familia. Resentida escribió en su diario: *Qué duro es ser tan despiadadamente privada de lo más cercano al corazón*.

En 1907 falleció una de sus hijas debido a la difteria. Mahler se enteró que tenía problemas cardíacos. Más tarde descubrió que su esposa sostenía relación con el arquitecto Walter Gropius. El compositor buscó el consejo de Sigmund Freud y, en señal de amor dedicó a Alma su *Octava Sinfonía* con la que alcanzó su único gran éxito en vida.



En 1910, comenzó a componer su *Décima Sinfonía*. Cerca de Navidad, se agudizaron los dolores de garganta. En febrero de 1911, con una temperatura de 40 °C, dirigió su último concierto. Le diagnosticaron endocarditis bacteriana que afecta a personas con defectos en las válvulas cardíacas. El maestro tomó interés por una composición de su esposa la que fue interpretada en un recital.

En abril abandonó los Estados Unidos para encontrar su última morada en Europa. Como había pedido, fue enterrado en el cementerio de Gérzing. La corona de Arnold Schönberg describía al compositor como *el santo Gustav Mahler*. El New York Times lo calificó como *una de las grandes figuras musicales de su época*. En Londres, The Times afirmó que su forma de dirigir era *más lograda que la de cualquier hombre, excepto Richter*.

Alma Mahler sobrevivió a su esposo más de cincuenta años. Se casó dos veces. En 1940, publicó *Gustav Mahler: Recuerdos y cartas*. Su hija Anna se convirtió en escultora. En 1955 se creó la Sociedad International Gustav Mahler, con Bruno Walter como presidente.

La revalorización de su obra se retrasó por la ascensión del nazismo que prohibía lo judío y lo moderno. Al finalizar la II Guerra Mundial, sus sinfonías empiezan a ser ejecutadas con gran éxito.

Música que se hace en compañía

Sinfonía según el uso común es entendida como *música que se hace juntos, en compañía* tal como describe su etimología en griego. El rasgo de la música de occidente es su continua mutación que hace de la voz *sinfonía* variedad. A la orquesta que toca sinfonías se la denomina *sinfónica*. No falta quien la denominará *filarmonía*. Las diferencias no existen.

A continuación aparecen los autores más importantes de sinfonías en la historia musical:

Entre 1680 y 1720 (Italia) Marco Uccellini, Giovanni Bonocini (padre e hijo), Giuseppe Torelli, Alessandro Scarlatti, Antonio Vivaldi, Tomaso Albinoni y Giovanni Sammartini.

Siglo XVIII. Michel Delalande, Gautier de Marseille, Johann y Karl Stamitz, Franz J. Haydn, Luigi Boccherini, Carl P. E. Bach, Francois Gossec, Johann Ch. Cannabich y Karl von Dittersdorf.

Siglo XIX. Beethoven, Schubert, Schumann, Mendelssohn, Berlioz, Franck, Liszt, Bruckner, Brahms, Saint-Saëns, Tchaikovsky, Borodin, Rimsky-Korsakov.

Les siguen: D'Indy, Mahler, R. Strauss, Glazunov, Scriabin, Sibelius, Chausson, Rachmaninov, Dukas, Stravinsky, Honegger, Prokofiev, Vaughan-Williams, Martínu, Miaskovsky, Roussel, Malipiero, Milhaud, Shostakovich, Messiaen, Hindemith, Lutoslawski, Penderecki, Walton.

Friedemann Bach, Johann Ch. Bach, Bedrich, Smetana, Balkirev, Casella, Charles Ives, Roger Sessions, Karol Szymanovsky, Heitor Villa-Lobos.

Otros creadores orquestales: Debussy, Ravel, Bartók, Berg, Webern, Schönberg.



Journal intime

Componer una sinfonía es construir un mundo con todos los medios posibles

Gustav Mahler